

# La vecina

Mario Carvajal de la Fuente



## Capítulo 1

El día que conocí a Elena, subía las escaleras que llevaban a mi departamento cuando escuché música. En mi piso hay dos departamentos, el mío y uno deshabitado desde hace meses. Así que por fin lo ocupaban. Al llegar al piso encuentro a una chica de veintipocos martillando clavos en la pared, al lado un banco con una bocina inalámbrica encima con el volumen a todo. La chica vestía unos leggins oscuros y una playera azul. Miré para abajo para evitar ver sus caderas, un hombre de cincuenta viendo fijamente a una chica joven se ve muy mal.

-Buenas tardes-dije en lo que sacaba las llaves del pantalón-. ¿Te acabas de mudar?

La chica dejó lo que hacía y volteo. Dios, era preciosa. Se acomodó los mechones que se le salían de su coleta, tenía la cara colorada; seguro llevaba horas acomodando cosas en su departamento.

-¿Qué tal? Buenas tardes, Señor-dijo la chica-. Así es, seré su nueva vecina. Mucho gusto.

Para mi sorpresa, se acercó para estrecharme la mano. Dejé caer las llaves, la mano me temblaba. A pesar de llevar horas trabajando, la joven aún conservaba un olor perfumado.

-Encantado-dije-. Tocan muy bien esos tipos.

-Oh, muchas gracias. Son los...

-Arctic Monkeys-terminé su frase-. Lo sé, do i wanna know?, ¿cierto?

La chica sonrió y asintió.

-Que padre que le gusten. Y qué raro.

Se rio apenada, probablemente por lo que pensó y se volvió a acomodar el cabello.

-¿Raro por qué me gustan y soy mayor? Te entiendo, los conozco por mi hijo. Son sus favoritos y el año pasado me estuvo rogando por meses para ir a un concierto de ellos. Me los puso y me gustaron bastante y lo dejé ir por fin. Suenan bien, pero soy de la vieja escuela. Soy de los Rolling Stones.

-Clásico de clásicos-dijo ella-. Me agrada.

Tras una pausa pequeña, dije:

-Por cierto, ¿Cómo se llama?

-Elena. ¿Y usted?

-Vamos, háblame de tu, no soy tan formal. Me llamo Ricardo-Elena sonrió y sostuvo su martillo. La conversación se alargaba y no quería aburrirla-. Bueno, un gusto conocerte, Elena. Si necesitas alguna ayuda con las instalaciones de tu casa aquí estoy.

-Por supuesto, señor Ricardo. Muchas gracias por ofrecerse, probablemente lo hare. Pase buen día.

Di mi mejor sonrisa para un cincuentón y entre a mi departamento. Estuve recargado en la puerta en el interior de mi hogar repasando el encuentro una y otra vez hasta que un martilleo exterior me sacó de la imaginación. Vi por la mirilla de la puerta y observé a Elena colgando unas macetas en la pared, observé sus caderas y trasero, su blusa se alzaba, mostrando su espalda baja y una ligera vista a su ropa interior negra. Dejé de ver en ese instante y fui a beber un gran vaso de agua fría. Tiene menos de la mitad de tu edad, Ricardo, probablemente la edad de tu hijo. No seas rabo verde, pensé. No le di más vueltas al asunto y lo dejé ir, después de todo, ese día era el fin de una era y el comienzo de otro. Ese fue el día de mi retiro del trabajo y comenzaba mi jubilación. Lo que significaba que por fin, después de matarme por décadas trabajando, tendría todo el tiempo del mundo. Destapé una cerveza y encendí un viejo reproductor de CD's con un recopilatorio de los Greatest Hits de Rolling Stones. Me desnudé y entre a la ducha bailando y cantando al ritmo de satisfaction.

Cené sobras de spaguetti mientras pensaba que toda la rutina seguida paso a paso por décadas acabaría esa noche. La palabra libertad se dibujaba una y otra vez en mi mente, era afortunado, jubilado a buena edad con buen salario y soltero. Era un reinicio, un renacimiento, podría hacer lo que quisiera. Apuré el vino, ¿Qué se supone que haría en adelante? No tenía ningún plan para el retiro, la meta era llegar a él. Pero que más daba, era un miedo disfrutable, como cuando termina la universidad y no tienes ni idea de que hacer. En cierto modo se sentía como ser joven de nuevo. Bajó las sabanas y las luces apagadas, me despedía de la rutina y el trabajo. Pero había una cosa que evitaba conciliar el sueño, Elena. Repasé la plática, su cuerpo y su rostro una y

otra vez en mi mente hasta quedar completamente dormido.

Las siguientes semanas fueron raras, cada día trataba de buscar nuevas cosas en que ocuparme pero no concretaba nada. Pasaba muchas horas viendo televisión y paseando en la calle, comiendo en lugares distintos. En ocasiones salía con amigos o ex compañeros de trabajo y todos parecían tener unas vidas muy ocupadas. Comencé a usar ropa más holgada y de color oscuro para ocultar mi sobrepeso. No era gordo, pero si tenía mucha panza. Esos días trataba de evitar a Elena, ¿Qué pensaría de un hombre tan descuidado? Un día, mientras miraba televisión con un tazón llenos de palomitas de extra mantequilla y una coca bien fría, tocaron a la puerta. Como era sábado, pensé que quizá sería mi hijo pidiéndome dinero, pero no, al fijarme por la mirilla, vi a Elena. Abrí de inmediato. Elena bajó la mirada y la subió a mis ojos, me percaté que abrí sin pensar y vestía pantalones cortos y una playera sin tirantes. Mis lonjas sobresalían por los costados y ni siquiera alcanzaba a ver mis pies por la panza.

-Buenas tardes, señor Ricardo. ¿Lo interrumpí en algo?

-No, para nada-puse una mano en mi estómago para ocultar lo inocultable-. Miraba televisión. Dime, ¿se te ofrece algo?

Ella traía puesto unos mini shorts rojos y una blusa abierta donde se asomaban buena parte de sus senos. Llevaba el cabello suelto por atrás de los hombros y olía exquisito. Trague saliva.

-Perdón por interrumpir- agachó la cabeza y jugaba con los dedos. Tenía la cara roja-. ¿Podría ayudarme con algo? Hay unos ratones en la casa y me estoy volviendo loca.

-Oh, seguro Elena. Con gusto te ayudo. Dame unos minutos y te tocó la puerta, ¿de acuerdo?

Cerré a puerta y corrí al cuarto por unos pantalones y una camisa limpia. Tomé varias cosas que ayudarían para los ratones e hice lo mejor que pude para peinarme. Toqué su puerta y me guio hasta a su habitación. Su departamento era una copia idéntica al mío, salvo que de muebles solo tenía una mesa pequeña en el comedor con dos sillas, un sillón y una tele en la sala. Su recamara tenía una cama enorme, sobre ella un montón de ropa, trate de evitar ver su ropa interior desperdigada.

-¿El ratón está aquí?-dije.

-Sí, estaba ahí hace rato-señalo debajo de un buró de madera-. ¿Cree que

siga ahí?

-Lo dudo, el ratón debe estar tan asustado como tú. Voy a mover el mueble para ver si sale.

Sorprendentemente el ratón seguía debajo y salió como rayo en cuanto moví el mueble. Elena pegó un súper grito y dio un gran salto a la cama. Chillaba y gritaba: ¡ahí está, ahí está! El ratón corría por su vida y fue a la puerta, buscando salir por debajo. Pero no previo que era un hombre tratando de impresionar a una chica. En cuanto entramos al cuarto coloqué una manta en el espacio debajo de la puerta y varios trozos de queso. No se si fue suerte o si el instinto le dijo al ratón que donde hubiera comida estaría bien, pero en el espacio de tiempo que buscaba por donde colarse debajo de la puerta aproveché para echarle un topper de cocina encima. El ratón quedó neutralizado y chillando, buscando una salida pero era inútil. Con mucho cuidado, deslicé la tapa por debajo del topper y lo cerré. El ratón seguía chillando. Elena, al ver esto y sin pensarlo, se lanzó a mí y me dio un fugaz abrazo.

-Muchísimas gracias, señor Roberto-dijo cuándo se apartó, no identifiqué el arome de su perfume, pero sentir su cuerpo pegado al mío y probar ese aroma fue lo mejor del día. Que digo, de la semana-. ¿iComo lo hizo!? Parece un experto.

Puse un pie encima del topper, como si acabara de derribar a un gigante.

-Bueno, no es para tanto. De chico ayudaba a mi papá en una tienda de abarrotes y a veces entraban ratones. Mi papá era un cazador experto y le aprendí un par de trucos.

-Dios bendiga a su padre-dijo Elena-. Dígame, lo va a...

-¿A matar? Dios, no. Que fatal eres, Elena. Lo voy a soltar en el parque. Sería incapaz de matarlo.

Elena miró su cuarto, recordando su estado y se puso colorada.

-Disculpe el desorden. No he tenido mucho tiempo de acomodar. Estoy en finales en la universidad y es una locura.

-Descuida-dije, casi quitándole la palabra-. Para eso están los vecinos. Vi que tenías varias repisas en tu sala y unos botes de pintura. Si gustas que te ayude, dilo y lo hare con gusto.

Elena se llevó una mano a la barbilla y luego acomodo su cabello detrás de sus orejas.

-Sería fantástico-dijo-. Mañana es un buen día para hacerlo, ¿le parece al medio día?

-Encantado-dije-. Tú no tienes vergüenza para pedir algo, me agrada. Mañana será.

Conversamos unos minutos sobre nimiedades y dije que consiguiera veneno para ratas por que donde hay un ratón, siempre hay más. Luego fui a liberar al ratón al parque. Ya en casa tomé un baño y me tiré a la cama esperando que fuera mañana para volver a pasar tiempo con Elena.

Puntual al mediodía, toqué su puerta y ella me recibió vistiendo otros shorts diminutos con sus piernas deslumbrantes y una playera holgada. La ayudé a mover unas cosas y puse periódicos en el piso de las paredes que se pintarían. Entre esas actividades, descubrí que estaba terminando su último semestre en la universidad en la carrera de administración y que después, se iría a la casa de sus padres un par de meses para descansar y luego regresaría recargada para entrar a la vida laboral. Dijo que le gustaría emprender un negocio pero aún desarrollaba la idea. Quería probar el trabajo. Como recién jubilado después de ser un esclavo por más de treinta años, le dije que era bueno experimentar con un trabajo común, pero que no perdiera de vista el emprendimiento, ya que el trabajo da una comodidad que te atrapa y cuando te das cuenta llevas diez años trabajando y todo el mundo exterior se ha movido. A ella pareció agradaarle el consejo y continuamos con la plática. Elena era magnífica, extrovertida, podías hablar con ella de lo que sea, incluso hablamos sobre maneras de matar cucarachas, acabamos a las risas. Pero dentro de mí pensaba una cosa, que en poco tiempo se iría de mi vida durante meses. Así que tome un riesgo, la invite a tomar un café por la tarde, después del trabajo. Dijo que sí. Seguí como si nada, pero en mi interior todo era colorido. Pintamos su sala, comedor y cocina. Nos llevó casi hasta el atardecer, pero las paredes lucían muy bien y las ideas que tenía para adornar el departamento eran geniales, se iba a ver muy diferente al mío a pesar de ser copias. Le faltaba un toque femenino a mi vida. Fuimos a un café cercano al edificio, no hizo falta usar carro. Ambos pedimos un club sándwich y lo devoramos, andábamos hambrientos. Después ella pidió un frappe enorme de Oreo y yo un americano.

-Nunca había venido a esta cafetería-dijo Elena-. Está muy sabroso todo. Habrá que venir más seguido.

Después de que mi corazón latió como nunca, dije:

-Sería fantástico. También podría llevarte a cenar alguna vez. ¿Cuál es tu

comida preferida?

Ella dio un gran trago a su frappe.

-Me fascina la pasta, podría comerla a diario. Sobre todo los raviolos de espinaca-hizo un gesto placentero-. Uff, se me hace agua la boca.

-Son ricos-dije-. Los he probado. La lasaña vegetariana también es muy buena. Hay un restaurante que las hace muy ricas. Deberíamos ir.

-Si-dijo Elena-. Habrá que ir, veo que tienes buenos gustos. Y sabes hacer de todo.

Traté de no poner cara de idiota cuando me hablo de tu.

-Las ventajas de crecer sin internet y sin tecnología. Uno aprendía bastantes oficios antes.

-Eso me he dado cuenta-dijo Elena, haciendo una mueca-. Los jóvenes como yo no sabemos hacer nada. Tenemos que pagar por todo tipo de servicios o favores, antes la gente reparaba su propia casa. Es catastrófico.

-Pero ustedes se adaptan con facilidad a todo-dije-. Y tienen muchas posibilidades, antes no había tantas opciones, tenías que conformarte. Cada generación tiene sus pros y contras. Además ustedes tienen mucha facilidad para aprender.

-Hay muchas diferencias entre ellas-dijo Elena, dándole el último sorbo a su frappe.

-Si-dije-. Pero a ambas nos gusta la pasta.

Ella rio y se acomodó el cabello. Charlamos un rato más y regresamos a casa. Nunca dejamos de hablar y entramos más en confianza, incluso me dio su celular y ella agregó el mío a su teléfono. Por cualquier cosa, dijimos. Antes de abrir su puerta, Elena continuo platicando conmigo, quería saber anécdotas sobre mi juventud. Le conté varias, cuando fui de intercambio a Canadá cuando era estudiante; sobre cómo eran de locos los conciertos y lo que venía después hace muchos años y como una vez me abandonaron unos amigos desnudo en un rio cuando fuimos a acampar y terminé buscándolos sin parar desnudo en un pueblo. Curiosamente, ahí conocí a mi exesposa. Elena rio mucho con esa última historia. Jugaba con sus pies, apoyándose en sus talones y luego en las puntas. Parecía que no quería que acabara la conversación, no dejaba de mirarme a los ojos. Pensé que todo seguiría igual, pensé que darme un tiempo para saborear esos momentos y me despedí de ella y entre a mi casa. No quedamos en volver a salir, pero tenía su número y vivía

enfrente de mí, seguro pasaría.

No la vi en los siguientes días, escuchaba su puerta cuando salía o entraba pero no tenía razones para salir y hablarle. Ese día, un miércoles, planeaba salir a sacar la basura cuando la escuchará llegar y sacare conversación, tal vez invitarla a otro café. Elena era todo lo que pensaba, los días pasaban rápido y cada que escuchaba algún sonido fuera del departamento mi estómago expulsaba mil mariposas y corría a la mirilla de la puerta para verla aunque sea por una fracción de segundo. Ese día, alrededor de las cinco, escuché pisadas en las escaleras y unas voces. Supuse eran vecinos del piso superior pero era Elena y otra persona. Miré por la mirilla y la vi llegando con un tipo de su edad, quizá un compañero de clase, llevaban mochilas y una bolsa con trastes desechables, probablemente comida. Ambos reían y hablaban con normalidad. Abrieron la puerta, entraron y dejé de saber que pasaba. Mi corazón dio un vuelco enorme, me senté en el piso, recargando la espalda en la puerta, imaginando mil escenarios y creando probabilidades de lo que harían ellos dos dentro. Pero solo podía pensar en una cosa: la he perdido para siempre. Esa noche no me despegue de la puerta y evitaba poner la tele o el radio para escuchar mejor lo que sucediera en el apartamento pero nada. Nunca vi salir al tipo y cuando me acosté no dormí, estuve dando mil vueltas a la cama e imaginando estupideces hasta que me decidí a ver una película y por fin pude dormir. Desperté gracias al sonido de unas voces, rápido identifiqué la de Elena y corrí a la mirilla para verla despedirse del tipo. Vestía la misma ropa del día anterior, se despidieron de un beso en el cachete y luego Elena volvió a entrar. ¿Sexo casual? y dije claro, Elena es una chica joven, obviamente querrá sexo de vez en cuando. Ella no iba a esperarse hasta que saliera un príncipe azul. Pero si lo tuvo con otro significaría que la batalla estaba perdida. Fui a bañarme y a tratar de olvidarme del asunto. Horas después, trapeaba el piso del cuarto cuando tocaron la puerta. Era Elena, abrí al momento.

-¿Sucede algo?

-No, nada-dijo Elena-. Todo está bien. Disculpa Roberto, ¿Podría ayudarme a colocar unas repisas?

Vi sus labios, que debieron haber sido besados la noche anterior, sus caderas, pechos, abdomen. Todo tenía rastros de otra persona.

-Sí, dame un momento-dije-. Ahora voy.

No había expectativa, ni querer. Me limité a hacer el trabajo rápido. Charlamos pero fue más trivial. Ella platicó la mayor parte del tiempo. Se me ocurrió preguntar algo que no había hecho, ¿tienes novio? No, dijo Elena, llevo dos años sin uno. Le dije que estaba bien, que esperara



cuando se diera una buena oportunidad. Luego regresé a casa, bebí varias cervezas y me quedé profundamente dormido. Vi a Elena unas cuantas veces más pero bastante casual antes que regresará con sus padres y vi un par de veces cuando venía el chico por las noches y se iba por las mañanas.

Los días sin Elena eran aburridos, sin propósito. La pasaba vagando en la casa mirando la televisión y comiendo porquerías. Antes, cuando regresaba de trabajar holgazaneaba en la casa pues pensaba merecerlo después de una jornada de trabajo. Ahora me doy cuenta que holgazanear se convirtió en tiempo completo. Entonces, teniendo trabajo o no, ¿holgazanear era todo lo que podía hacer? Me vi al espejo antes de bañarme, desnudo, era más gordo que antes de jubilarme, el cabello era un desorden, ni me preocupaba por peinarlo y la barba larga y descuidada. Me pregunté si así serían mis últimos años y pensé en Elena. Ella jamás me haría caso, ni otras mujeres. Carajo, ni otras personas. Así que cogí el rastrillo y me rasuré, luego cogí ropa deportiva y fui directo al gimnasio más cercano que encontré en google. Me anoté y el entrenador me puso una rutina que a duras penas completé, mi condición era un asco y me dio vergüenza embararme con pesas de tres kilos. Pero seguí asistiendo a diario y logré levantar más peso al poco tiempo. Fui con un nutriólogo y me dio una dieta. Me deshice de la comida chatarra al menos por seis días de la semana o a veces comía algo de contrabando, pero trataba de seguir la dieta al pie de la letra. Por las mañanas salía a correr al parque y en las tardes iba al gimnasio. En un mes había perdido varios kilos y mi cuerpo comenzaba a tonificarse. Es cierto lo que dicen, en cuanto ves resultados no puedes parar, quieres seguir. Y eso hacía, le ponía el doble de empeño a las rutinas y corría por más tiempo en las mañanas. Me rasuraba seguido y me teñí el cabello de castaño, mi color original. Mis amigos se sorprendieron cuando me vieron, decía que parecía diez años más joven. A ellos los veía con panza u obesidad, descuidados; sentaba bien hacer algo de provecho. Mi hijo también se sorprendió cuando me vio y me elogio. Comenzó a visitarme más seguido y a veces salíamos a comer, al cine o donde fuera. Recién salía de una relación y necesitaba ayuda. Por otro lado, mi ex esposa casi se le cae la quijada cuando me vio. Toma eso, Karla. En una ida al centro comercial para actualizar mi armario, conocí a una mujer de unos cuarenta, guapa y lista. La plática comenzó por que buscábamos a quien nos atendiera en un lugar con pésimo servicio. Como pasa en las relaciones más adultas, todo es más rápido y comenzamos a salir de vez en cuando. Nada serio, pero nos veíamos una vez por semana al menos. Lo hacía poco, pero seguía pensando en Elena. Le escribí una vez para preguntarle cómo estaba y cuando regresaría, la conversación duro poco pero dijo que se tomaría más tiempo. El tiempo paso y esos pensamientos fueron cada vez menores. Hasta un fin de semana, venia del gimnasio con la ropa sudada y la toalla colgando de los hombros, llegué a mi piso y encontré a mi hijo

esperando en la puerta, hablando con Elena, ella reía.

-Hijo, ¿Qué tal? Te esperaba hasta más tarde. Veo que ya conociste a Elena-dije y me dirigí a ella-. Qué bueno tenerte de vuelta. ¿Cómo estás?

Elena miró de arriba abajo e hizo una amplia sonrisa.

-Wow, señor Robert. Que bien se ve. ¿Qué se hizo?

-Oh, nada inusual-dije-. Ejercicio y dieta solamente.

-Papá se ha hecho un adicto al ejercicio, parece-dijo mi hijo-. Bueno, Elena. Fue un gusto conocerte. Espero verte pronto.

-Ojala que si-dijo ella. Y lo despidió de beso.

Crucé un par de palabras con Elena y cada quien se metió a su casa.

-Vaya, papá. No me dijiste que tenías una vecina.

-Nunca preguntaste, Miguel. Es muy agradable. Y guapa, ya vi que le echaste el ojo.

Miguel se sonrojó y cambió de tema, por fortuna. Mi hijo estaba en el último año de universidad, estudiaba ingeniería. Y le dije que fuera pensando que haría en adelante, pues el mundo es muy grande. Recordando la decisión de Elena, le dije que podía tomarse un tiempo después de estudiar para aclararse las ideas. Lo tomó a bien y cenamos lasaña traída a domicilio. Mi hijo comenzó a venir cada fin de semana, venía el sábado por la tarde o en la mañana y se iba al anochecer. A veces le ayudaba con su tarea o solo mirábamos algún partido de fútbol o películas. Me sorprendía tener esa cercanía con él, a esa edad los chicos quieren pasar la mayor parte del tiempo lejos de los padres.

Continué con la dieta y el ejercicio y cambié las salidas a correr por un gimnasio de box, me parecía mejor porque así seguía activo y conocía gente. Uno pensaría encontrar pura gente joven, pero hay personas de todas las edades, incluso unos cuantos mayores que yo. Hice una amistad cordial con algunas personas y un día quedamos de ver una pelea de box en un bar. Salía con una mujer guapa con la que disfrutaba pasar el tiempo y trataba de coquetear con una vecina cada que la veía. Salí con Elena un par de veces, siempre cordial y nunca trataba de sobrepasarme pero había algo en ella que no podía dejar pasar y hacia qué pensará mayoría del tiempo en ella. De cierto modo, creo que todo el ejercicio lo hacía por ella. Pensé que si ella salía de mi vida, yo podría seguir con mi vida sin bajones. Eso se vio a prueba cuando descubría mi hijo saliendo de

su departamento en una mañana la cual no nos veríamos y luego lo veía llegar por la noche. Era obvio que salía con Elena. Pensaba que la amaba y esa noticia hizo que dejara todo por unas semanas y volviera a la televisión y comida chatarra. En uno de esos días, por la noche, Elena me llamó y preguntó si estaba ocupado. Le dije que no y me dijo si quería ver películas con ella. Acepté, ella vino a mi casa, charlamos y nos sentamos juntos en el sillón junto con unas palomitas a ver una película. Nuestros codos rosaban. La película fue elección de ella, contenía algunas escenas sexuales, cuando las mirábamos se formaba un silencio grande donde podía sentir nuestros pechos subiendo y bajando por la respiración. Después de la película, Elena sugirió ver otra. Las luces estaban apagadas y el aire acondicionado encendido y aunque nos movimos entre películas, los codos seguían rozándose, incluso me arrime más a ella y ahora los brazos pegaban. Sin duda no le incomodaba para nada mi cercanía. En un momento me armé de valor y giré la cabeza para besarla, pero antes de poder hacer nada ella recargó su cabeza en mi hombro. Es mi momento, me dije, podría definitivamente besarla y aunque se separé, alguna parte de ella lo habrá querido. Pero no lo hice, cuando lo iba a ser, la imagen de mi hijo saltó a mi cabeza. ¿Qué estaba haciendo? Sabía que ella salía con él y yo coqueteando con ella. ¿Qué clase de padre era? ¿Estaba justificado pelear por una mujer con mi hijo porque yo la vi primero? Después de todo, el si salía con ella. Tal vez ninguno de los dos conocía lo que quería Elena. Hice lo correcto, pasar definitivamente de Elena y dejarle el camino libre a mi hijo. Le dije a Elena que recordé un pendiente y que tenía que irse. Ella se sobresaltó y preguntó que ocurría.

-Es importante-dije-. Tengo que salir.

-Pero la andábamos pasando bien, ¿no?-Elena hizo una cara extraña, similar a un puchero, como cuando un niño no se sale con la suya y se encapricha.

Le toqué el hombro.

-Luego nos vemos, ¿sí?

Ella se despidió de forma seca y entró a su departamento sin decir mucho, cerrando la puerta con fuerza. Por mi parte, fui al carro, hice una llamada y conduje. Todo lo que pudo ser ahí quedo, en el estómago tenía asco. Aceleré lo más que pude. Amaba a Elena genuinamente en ese momento, pero mi hijo era algo mayor, sobre de mí. No le negaría una oportunidad de estar con una maravillosa persona aunque no fueran a durar por mi egoísmo. Estacioné el carro y llamé a Fernanda por el celular, ella abrió y subimos a su cuarto. Tomamos vino e hicimos el amor hasta quedar dormidos. Fue la primera vez que amanecemos juntos y se sintió bien. Ella me abrazaba mientras dormía, yo le pase un brazo por los hombros y veía el techo. Era bueno, me dije, comenzar algo nuevo cuando todo terminó.